

¿Cómo hubiera podido el cielo privar á la Santísima Virgen de la oportunidad de ejercer un acto semejante de verdad? Después de haber apurado el cáliz de la amargura, ¿por qué no debió beber el bálsamo que quedaba en el fondo del vaso?

Cierto es que el amor era su única pasión y que su más ardiente anhelo era reunirse con Jesucristo. No veía en la muerte más que el cumplimiento de sus más gratos deseos. Cierto es también que no debía renunciar ni á los honores ni á los goces del bienestar que procura la fortuna. Cierto es también que, satisfecho de los profundos dolores de su alma, no la visitó en esa hora suprema con los sufrimientos que preparan de antemano y acompañan la agonía. Pero preciso era que se separase de Juan, el tierno hijo de su vejez, y que se perdiese para el amor de toda esa familia cristiana, deshaciéndose en lágrimas todos ellos al considerar que la perdían para siempre. Esta era la última herida que se dirigía al corazón de las más tiernas de las madres; tal fué el último dolor de esta vida cuya grandeza sobrenatural hubiera quedado sin esto sin terminar grandes cosas. La muerte fué su última victoria y su corona postrera.

Conveniamos que muriese María. El Calvario nos da motivos poderosísimos para que meditemos su muerte y la imitemos en nuestros últimos instantes. ¿Qué muerte tan gloriosa, y cuánta calma en medio de tantos sufrimientos! ¿Cuán serena murió en medio del oprobio y de las humillaciones! Rogó tiernamente por sus perseguidores y verdugos. Su muerte fué sin igual, pues fué como la de un Dios que era dueño de sí mismo y que entregó la vida como una carga que aceptó libremente y cuyo peso soportó con voluntad, rodeando su cruz con todas las grandezas y todos los prodigios que atestiguan su divinidad. Necesitábamos un modelo que se aproximara más á nosotros y que se hallase en las condiciones de nuestra naturaleza y de las necesidades que sufrió. María no escogió ni el día ni el lugar de su muerte, ni las circunstancias que debían acompañarla. Oscura y sin brillo fué de modo que se ignoran los pormenores de ella. La Iglesia se conforma con decir, y lo mismo debemos decir nosotros, que María nos enseñó con su bienaventurada muerte, el difícil arte de morir, no sólo con resignación, sino con alegría. No preguntemos, pues, por qué á pesar de su absoluta inocencia murió María. Pidamos más bien á Dios que nos enseñe á morir como ella en la paz del Señor.— (*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXIX

NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO

¿Sabéis, hermanos míos, por qué luchamos los católicos contra las influencias enemigas de nuestra fe y particularmente contra el respeto humano de que hablamos ayer? Porque somos amigos de la verdad, porque amamos la verdad y deseamos verla triunfar sobre todo, porque sólo ella puede llevar las almas á su verdadero fin, que es la inmortalidad bienaventurada. Claro es que si nuestros destinos debieran encerrarse en los estrechos límites de la vida presente, ningún objeto tendrían nuestros combates contra las pasiones. La razón, la cordura y la naturaleza, todo nos aconsejaría que viviésemos bien y siguiésemos la senda que nos trazara el mundo, en cuyos placeres y recreos deberíamos tomar parte. No cabe duda que es cómodo hacer lo que hacen los demás, ó cuando menos aprobar todo lo que hacen, porque esto no da nunca lugar á disputas.

Pero ¿será verdad que el hombre, criatura tan grande que ve perderse sus pensamientos y aspiraciones en las profundidades del infinito, está encerrado en los estrechos límites de su mísera existencia de unos cuantos años? Su historia, que comienza el día en que nace, ¿terminará al llenar la última página del libro de su vida, es decir, al dar el último suspiro? Sólo los orgullosos y enfermos del espíritu podrán sentar un problema semejante. Luengos años hace que nosotros los católicos hemos resuelto esta cuestión. Vergüenza nos daría terminar nuestras pláticas sin hablaros de nuestra inmortalidad.

El hombre ha nacido para la vida futura y tiene la eternidad por herencia. La tierra no es para él sino un lugar de paso: su patria es el cielo. No debemos por lo tanto fijar nuestra principal atención en las cosas de este mundo. Nuestros pensamientos, nuestras miradas y deseos, todo lo que forma nuestra vida debe dirigirse al cielo, punto supremo á que debe llegar.

Gozar del mundo, de sus placeres, de sus halagos y de sus lisonjas, no sería sino entregarse á unos gustos que pasan como una sombra, nos llevan sin sentirlo al dintel de la eternidad, y nos abandonan allí sin remedio y sin esperanza. Por el contrario, despreciar los humanos juicios, despreciar las vanidades de la tierra, huir las seducciones que nos tientan é imponer silencio á las pasiones desarregladas que nos llaman, y hacer todo esto por nuestra alma, he aquí lo que debemos practicar. La fe y la razón nos lo aconsejan con igual fuerza.

El negocio más importante para nosotros es, según la Sagrada Escritura, nuestra salvación. Todo lo demás es á su lado pequeño, y el mundo es como si no existiese.— *Quid prodest homini si mundum universum lucretur anime autem suæ detrimentum patiatur?* No separemos nuestros ojos de este asunto, dirijamos á él nuestros pasos, aun cuando debamos perder en el camino nuestra vida terrestre.

No temáis á los que puedan molestar vuestro cuerpo y sólo á los que pueden dar la muerte á vuestra alma, dice Nuestro Señor Jesucristo. Tal es, según la Escritura, la importancia de nuestra salud. La razón nos aconseja por su parte que dirijamos á este fin nuestros esfuerzos, porque es el que más importa. Esto lo indica el buen sentido. Los intereses esenciales son antes que los secundarios.

Tratándose de la vida ordinaria y de la fortuna presente, nadie deja de buscarla sino los que carecen de razón. Pero se le da una importancia sobre nuestra alma que

pesa de una manera terrible en la balanza de la eternidad. Todo se acaba una vez que el sepulcro se cierra; el bien y el mal son irrevocables y lo es también el castigo eterno.

Ante esta suerte que ahora se entrevé y mañana será una realidad ¿qué es lo que más debe llamar nuestra atención, la increíble indiferencia de los que dicen, más tarde pensaré en esto, ó los que dicen ligeramente que les falta tiempo para pensar en ello?

Admira, dice Massillón, ver el tiempo que se emplea en el tocador, en las visitas, en los placeres y en la conversación, y sin embargo, nos parece corto. Para todo nos falta tiempo menos para una cosa, y es la más importante: la salud del alma. Si se trata de probar al hombre que le sobra tiempo para pensar en esto, puesto que cada uno de nosotros dispone del suyo como quiere, cuando menos se aparapeta detrás de este vano pretexto: «Dejo este asunto para más tarde.» Pero ¿quién nos asegura que éste más allá del día de hoy nos pertenece? ¿Somos acaso dueños de prolongar nuestra vida según nuestro antojo?

Decir mañana es perder el hoy; mañana significa una gracia menos y un pecado más. El mañana no nos pertenece; es un paso más que ha dado la muerte hacia nosotros. Insensato el que dice ¡mañana! El hoy abre nuestra tumba y el mañana la eternidad.

No recurramos á pretextos fútiles para encubrir inútilmente nuestras faltas. El negocio es háto serio y no podemos verlo con indiferencia sino exponiéndonos á arrepentirnos cuando sea ya tarde. Pensémoslo seriamente y obremos en bien de nuestra alma.

Dios nos ha colocado entre dos extremos opuestos; tanto dista de uno como de otro. El infierno está bajo nuestras plantas y sobre nuestras cabezas está el cielo. La elección nos pertenece.

El demonio, el mundo y nuestras propias inclinaciones nos arrastran hacia abajo y se presenta á nuestra vista un camino espacioso, alegre y sembrado de flores; todo nos convida á seguirlo sin decirnos jamás que nos lleva al abismo.

Mas si dirigimos los ojos al cielo vislumbraremos la grandeza celestial que se desarrolla en la inmensidad y oiremos los coros de los ángeles que suspenden su canto para decirnos: Hermanos á quienes Jesucristo ha rescatado con su sangre y dotado de una alma inmortal hecha á imagen de Dios, no olvidéis que habéis sido creados para la dicha y que la dicha está con nosotros.

Por desgracia no es el deseo el que nos falta, y comprendemos que la dicha está en el cielo. Pero ¡es tan penoso el camino! ¡Cuántas veces han flaqueado nuestras fuerzas! Cansados de luchar hemos retrocedido muchas veces al subir la espinosa senda, y en vez de adelantar, hemos vuelto hacia atrás fatigados y desesperados casi, y anegados en llanto.

Es cierto que la subida á la montaña que conduce al cielo es larga y difícil, pero debe guiarnos un pensamiento para infundirnos valor: recordemos que no subimos solos la escarpada senda; si nos lleva la buena voluntad, María nos ayudará á subirla.

De María habla el libro de los Proverbios cuando dice: «El que la invoque recibirá del Señor la salud.» Ved lo que dice San Bernardo para que tengamos confianza en nuestra Madre del cielo: «Vosotros que flotáis en el océano tempestuoso del mundo, fijad vuestras miradas en la estrella saludable que brilla en el cielo; invocad á María. No le faltan ni la voluntad ni el poder de socorrernos. No le falta poder, porque es la Madre del Todopoderoso; ni voluntad, porque es la madre de la misericordia.» Estos dos títulos son los que deben persuadirnos de que María se interesa por nuestra salud. Dios la ha constituido el

canal de todas sus gracias, y ella es sin duda, la que nos concede todas las que nos llevan al cielo. «Algunas veces, dice San Anselmo, invocando el nombre de María se obtiene más fácilmente la salud que invocando el nombre de Jesús. No es porque ella sea más poderosa, puesto que el poder le viene de Jesús, sino porque el Hijo quiere honrar de este modo á su Madre. *Velotior nonnunquam est salus invocato nomine Mariæ quam invocato nomine Jesu. Non quod illa potentior sit, nam per illum ipsa potens est sed quia Matrem vult Filius sic honorare.* Permitidme, para terminar, que os presente un caso práctico que resume cuanto acabo de decir. Un anciano más que octogenario, impío y volteriano, estaba próximo al sepulcro y caminaba á él con la blasfemia en la boca. Velaba á la cabecera de su cama su piadosa hija, que era un ángel de oración y de amor. Pegada al lecho del dolor, seguía ansiosa los espantosos progresos de la enfermedad y pedía con fervor la conversión de su padre. Mas no se atrevía á pronunciar ni una sola palabra religiosa, ni mucho menos á hablar de la confesión, porque con sólo hacer mención de un sacerdote se le hacía dar vueltas en la cama desatándose en imprecaciones. La pobre hija lloraba sin consuelo.

De repente dijo: Preciso es que ponga la salud de mi padre en manos de la Santísima Virgen. Encomendóse con fervor á María, é hizo al mismo tiempo que sus amigas oyeran nueve misas en honor de María. El enfermo fué empeorando, pero al acabar de decirse la última misa, el moribundo anciano exclamó repentinamente y como despertando de un profundo sueño: «Hija mía mándame un sacerdote, porque quiero confesarme.» Efectivamente, se confesó y murió cristianamente.

Ocurrenos nosotros también á María para el negocio principal de nuestra alma. Los pueblos reconocidos le levantaron en Mesina, en Italia, un templo bajo la advo-

cación de Nuestra Señora del Puerto. Dirijamos nuestro espíritu á ese templo para pedir á María que nos preserve de los escollos de esta vida y nos lleve al puerto de la bienaventurada eternidad. Rogad por nosotros, oh Madre nuestra del Puerto.—ASÍ SEA.

ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

—
DIA TREINTA
—

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam.

Psalm., LIV, 7.

Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum.

Cant., I, 15.

Multæ filiæ congregaverunt divitias, tu supergressa es universas.

Prov., XXXI, 29.

Concupiscit rex decorem tuum, quoniam ipse est Dominus Deus tuus et adorabunt eum. Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis.

Psal., XLIV, 10.

Benedicta tu in mulieribus: invenisti enim gratiam apud Deum.

Luc., I, 28.

In plenitudine sancta admirabitur, et in multitudine electorum habebit laudem, et inter benedictos benedicetur.

Eccli., XXIV, 3.